

SERMÓN

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE PAMPLONA

EL DÍA 8 DE ABRIL DE 1902,

fiesta de la Dedicación de aquella santa iglesia

Y ANTE LA IMAGEN DE SAN MIGUEL DE EXCELSIS,

por el

R. P. FR. EVANGELISTA DE IBERO,

Religioso Capuchino.

QUIS SICUT DEUS?



QUIÉN COMO DIOS?

PAMPLONA

IMPRESA Y LIBRERÍA DE ERICE Y GARCÍA

calle de la Estafeta, número 31

— 1902 —

BIBLIOTECA CATÓLICO-PROPAGANDISTA DE PAMPLONA

SERMÓN

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE PAMPLONA

EL DÍA 8 DE ABRIL DE 1902,

fiesta de la Dedicación de aquella santa iglesia

Y ANTE LA IMAGEN DE SAN MIGUEL DE EXCELSIS,

por el

R. P. FR. EVANGELISTA DE IBERO,

Religioso Capuchino.

QUIS SICUT DEUS?



QUIÉN COMO DIOS?

PAMPLONA

IMPRESA Y LIBRERÍA DE ERICE Y GARCÍA
calle de la Estafeta, número 31

— 1902 —

AL PÚBLICO

LA Sociedad BIBLIOTECA CATÓLICO-PROPAGANDISTA, dedicada a la difusión gratuita de buenas lecturas para contrarrestar los estragos de la mala prensa, ha acordado, debidamente autorizada, la publicación y distribución entre el católico pueblo navarro del interesantísimo sermón que, en la fiesta de *La Venida del Angel...* predicó el Rdo. P. Capuchino Fr. Evangelista de Ibero en la catedral de Pamplona. El fin y el nombre de nuestra Asociación exponen por sí solos la razón y motivo del acuerdo: los varios sermones que la BIBLIOTECA lleva publicados y repartidos en casos análogos constituyen el más exacto precedente.

Oración sagrada tan fervorosa y tan patriótica, cuanto razonada, clarísima y oportuna sobre la acción y unión de los católicos navarros, bajo el augusto lema del excelso Arcángel del monte Aralar, merece todo nuestro esfuerzo para que *llegue á la calle* la voz del púlpito; que si el lugar, ocasión y circunstancias en que se pronunció garantizan la pureza de la doctrina y la discreta exposición de las aplicaciones que contiene, hay, además, señales inequívocas de su provechosa eficacia para el bien y del daño que causa á la impiedad, en las rabiosas diatribas con que la distingue el periódico excomulgado de esta capital.

La Comisión directiva.

SERMÓN

predicado en la catedral de Pamplona
el día 8 de Abril de 1902,
fiesta de la Dedicación de aquella santa iglesia,
por el Rdo. P. Fr. Evangelista de Ibero,
Religioso Capuchino.

IHS

Factum est praelium magnum in celo:
Michael et angeli ejus preliabantur cum
dracone.—Trabóse una gran batalla en el
cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con
el dragón.—(Apoc. XII, 7.)

Excmo. é Ilmo. Señor. (1)

Amados Hermanos míos en Jesucristo.



CUANTO más lo pienso, más me alegro y me glorío de pertenecer al hidalgo pueblo vasco. Pueblo más honrado, más noble, más valiente, más cristiano no le ha habido, no le hay, no le habrá jamás en toda la redondez del globo.—De su honestidad y honradez dan testimonio irrefragable la pureza de sus costumbres, la pudibundez y recato de sus doncellas, la humildad, la modestia, la fidelidad de sus mujeres, la indole franca, leal, generosa, hospitalaria de sus varones.—Su nobleza se ve patente en la antigüedad de la raza, en la inde-

(1) El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Pamplona, Fr. José López Mendoza y García, que se hallaba presente en el acto presidiendo al Excmo. Cabildo Catedral.

pendencia en que constantemente ha vivido, en lo limpio é incontaminado de su sangre transmitida de generación en generación, sin jamás mezclarse con sangre de otras razas.—De su valor tenemos huellas indelebles en las páginas de la historia y en los ecos de la tradición. El pueblo vasco no dobló nunca su cerviz ante ningún tirano, ni se dejó dominar por nación alguna de la tierra; venció á las legiones romanas, venció á las huestes moriscas, venció á los ejércitos franceses; y si al cabo nos sometimos á los reyes de Castilla y Aragón, nos sometimos, no porque eran reyes de Castilla y Aragón, sino porque eran nuestros reyes, y como tales firmaban sus decretos y juraban nuestros fueros.—Pues de la religión, de la cristiandad del pueblo vasco, ¿qué podré decirlo yo, que vosotros no sepáis? Si España es la nación más católica del mundo, Vasconia es la región más católica de España. En las demás regiones de España, después que ésta abrazó la fe de Cristo, dominaron el arrianismo, el mahometismo y otras sectas; en Vasconia, no; al convertirse á Cristo juró guardarle eterna fidelidad, y esta es la hora en que no ha violado su palabra. Aquí, en Vasconia, tiene Jesús un templo en cada casa y un altar en cada pecho vasco. Aquí es donde más viva se mantiene la fe, y mejor se guardan los días festivos, y mayor frecuencia de sacramentos se observa. Aquí, donde más abundan las vocaciones religiosas, y más rico y respetado vive el clero, y más limosnas se hacen á la Iglesia, y más fácil y holgadamente fundan y sostienen sus casas los frailes y las monjas. Bien puedo decirlo yo, miembro de una Orden que sólo en la provincia de Navarra cuenta cinco conventos, sin más renta, claro es, que las limosnas de los navarros.

¿A quién se debe que al cabo de tantos siglos y en medio de tantas revoluciones y trastornos, todavía no haya perdido el pueblo vasco su religión, su nobleza, su honradez, su valor y todas las otras prendas que le adornan y hermocean? Después de Dios y de la Virgen, digámoslo muy alto, se debe á San Miguel. Sí; desde la cumbre de Aralar, donde tiene su templo predilecto, Miguel vela incesantemente por su amado pueblo vasco, y le alienta en las desgracias, y le defiende en los peligros, y le alcanza favor de Dios en cuantos males le sobrevienen. Así lo reconoce Navarra entera, y por eso quiere que la gloriosa imagen de su Patrono sea llevada en triunfo por pueblos, villas y ciudades. Así lo reconoce, en particular, la ciudad de Pamplona que todos los años manda traer á su seno aquella imagen veneranda, y le dedica cultos solemnísimos en la mayor de sus iglesias. ¡Bien por el pueblo vasco! Pueblo que así agradece á Dios

y á los ángeles los beneficios que recibe, no perecerá jamás, aunque se empeñen en destruirlo todos los reyes de la tierra y todos los poderes del infierno.

Pero ¿se contentará San Miguel con que le deis gracias por la protección y por las mercedes que os dispensa? No; al descender á vuestra ciudad desde las alturas de Aralar, San Miguel, además de recibir vuestros obsequios, intenta hacer con vosotros lo que hace un general con sus tropas cuando las revista en tiempo de guerra, esto es: quiere enardecer vuestros ánimos con su presencia, quiere excitaros con sus secretas inspiraciones y con su ejemplo á luchar por Dios, á luchar, digo, como el propio Miguel luchó, mientras fué viador, antes que entrara á gozar de la visión beatífica. Recordad aquel fiero combate que libró contra Satanás, cuando Satanás, altivo y soberbio, pretendió escalar las nubes y asentar su trono cabe el de Dios. Cumpliendo con lo que debía á su oficio de caudillo de los ejércitos del Señor, Miguel salió al punto á la defensa de los derechos de Dios, lanzó á los aires el grito sublime de *quis sicut Deus*, reanimó con este grito y juntó en torno de sí á los ángeles buenos, y presentando luégo batalla á las huestes de Lucifer, desbaratólas totalmente y arrojólas para siempre en los abismos.—Hijos de Vasconia, así debéis luchar vosotros: *por la causa de Dios, con el nombre de Dios por enseña*. Yo os mostraré las razones que á ello os obligan, si tenéis á bien oírme con atención, y pedir primero á la Virgen que me alcance los auxilios del cielo.—Ave María.

PRIMERA PARTE

Quando hablo de luchar por la causa de Dios, no me refiero á la lucha interior, secreta, que cada uno debe mantener dentro de su conciencia contra los enemigos de su alma. La obligación de emprender semejante lucha es sobrado clara y evidente, para que yo me detenga á demostrarla. Yo hablo aquí de luchas en el mundo exterior, en el terreno político, en el terreno social, en el terreno científico, en todos los terrenos donde se levante algún ser protervo á guerrear contra Dios. Y la razón primera por que debemos tomar parte en este género de luchas es porque Dios lo quiere.

De sobra sabéis, hermanos míos, que en la tremenda y pa-
vorosa guerra que la moderna impiedad ha declarado á Dios,
Dios se basta á sí mismo para triunfar de todos sus contrarios.
Y ¿cómo no ha de bastarse, si es precisamente Dios quien mue-
ve (en lo que este movimiento tiene de natural) la lengua del
blasfemo, quien menea la mano del escritor impío, quien alum-
bra la razón del filósofo incrédulo, y con sólo retirar su sobera-
no concurso, sin necesidad de ningún acto positivo, dejaría seca
la lengua, inmóvil la mano, y oscurecida la razón de los que
blasfeman ó escriben ó discurren contra Él? Pero semejante
conducta por parte de Dios, sobre despojar al hombre de la li-
bertad de elegir entre el bien y el mal, daría demasiada impor-
tancia á los malos, admitiéndoles todos los días á singular comba-
te, digámoslo así, con la Divinidad, disminuiría muy mucho
el mérito y la gloria de los santos, privaría al mundo moral de
una de sus mayores bellezas y se apartaría totalmente del or-
den que hasta ahora ha seguido la divina Providencia, orden
que consiste en confundir y vencer á las criaturas rebeldes por
medio de otras criaturas, y muchas veces por medio de criatu-
ras flacas, débiles é impotentes, al parecer, para tan alta em-
presa. Ya veis, pues, si hay motivos para que quiera Dios que
tomenos parte en la guerra que mantiene con los impíos. Lo
quiere, sí, y de tal manera lo quiere, que cuenta por enemigo
al que intente permanecer neutral entre ambos bandos. Las pa-
labras de Cristo son terminantes y no dejan lugar á dudas ni
cavilaciones: *qui non est mecum, contra me est, et qui non est con-*
migo, está contra mí. ¿Cuándo acabarán de entenderlas esos cris-
tianos de nuevo cuño, adoradores idólatras de su comodidad y
repose, cristianos cobardes, por no decir renegados, que se nie-
gan á dar la cara por Cristo, que, cruzados de brazos y dormi-
dos en el seno de la mayor indiferencia, ven sin conmoverse los
estragos que la impiedad va causando en la fe de nuestro pue-
blo, que entre un candidato ó periódico católico y un candidato
ó periódico liberal les importa un comino que quede el campo
por los blancos ó por los rojos, según ahora han dado en lla-
marlos? ¡Ah señores que alardeáis de neutros! yo no sé si en la
batalla que San Miguel y sus ángeles riñeron con Satanás y los
suyos, hubo también en el cielo quienes se empeñaron en no
declararse ni por uno ni por otro partido; pero si los hubo, es-
tad ciertos que su neutralidad no debió durar mucho tiempo;
estad ciertos que Dios los despeñó, al igual de los ángeles re-
beldes, en el infierno; estad ciertos que los tormentos que en el
infierno padecen dichos ángeles neutros no son inferiores á los

que padecen los partidarios de Satanás. ¿Por qué? porque el que
lucha contra Dios da á entender que se ha formado un concep-
to grande del poder y de la majestad de Dios, y por esta vía, al
menos, le honra y enaltece; mas el que mira á Dios con indife-
rencia, el que le deja á un lado como á un ser inútil, tan indig-
no de que se le ame como de que se le persiga, ¿bajo qué as-
pecto podrá llamarse honrador de Dios? —Pues, hermanos míos,
si Dios aborrece la neutralidad, si Dios quiere que luchemos
por la defensa de su causa, ¿quién de nosotros osará esquivar
la lucha? ¿quién se negará á descender á la arena, y á armarse
de todas armas y á medirlas con los enemigos de Dios? ¿Dios
lo quiere! Por saber que Dios lo quería, emprendieron doce hu-
mildes pescadores la conquista del mundo, y lo conquistaron,
en efecto, para Cristo. Por saber que Dios lo quería, sufrieron
martirios horribles dieciocho millones de cristianos. Por saber
que Dios lo quería, centenares de miles de cruzados abandonaban
en los siglos medios su patria y sus hogares y se iban á
Oriente á enrojecer con su sangre el suelo de Palestina. No nos
pide Dios á nosotros tan costosos sacrificios; pero si nos pide
que en tiempo de elecciones sacudamos nuestra pereza, y nos
lancemos á la calle, y votemos al candidato católico, y con nues-
tro dinero, con nuestra palabra, con nuestra influencia trabajemos
por procurarle los votos de otros. Pero si nos pide Dios
que en vez de leer y comprar y sostener esos periódicos libera-
les, enemigos de Jesús, que se llaman *El País, El Herald, El*
Imparcial, El Liberal, leamos y comprendamos y sostengamos pe-
riódicos íntegramente católicos, defensores decididos de la cau-
sa de Jesús. Pero si nos pide Dios que cuando veamos al pobre
obrero vasco dejarse engañar por gentes extrañas á su país y
dar su nombre á sociedades de tendencias anticatólicas, hable-
mos con él, y esclarezcamos su inteligencia, y le mostremos el
abismo á donde se le quiere conducir, y fundemos en su pro-
vecho nuevas sociedades católico-obreras, en las cuales, bajo el
amparo de Jesús, halle instrucción, esparcimiento, protección
para los días de enfermedad ó de falta de trabajo.

La segunda razón que voy á aducir para excitaros á luchar
por Dios, se cifra en los derechos, en la soberanía de Dios so-
bre nosotros, ó si queréis, en nuestra dependencia absoluta res-
pecto de Él. Somos de Dios, hermanos míos; suya es nuestra
alma, suyo nuestro cuerpo, suya nuestra libertad, suyos nues-
tros talentos, nuestras haciendas, nuestros hijos, suyo cuanto
tenemos y podemos. Nuestra obligación primera es la de amar-
le, nuestra ocupación continua debe ser el cumplimiento de su

voluntad, nuestro sentimiento mayor el verle ofendido de sus criaturas, nuestro más vivo deseo el sacrificarnos por su gloria, nuestra diaria petición la que nos puso Jesús en el Padre nuestro: *adveniat regnum tuum, que venga el reino de Dios*, que reine y triunfe é impere Dios en los hombres, que sean para Dios todo el amor, todos los obsequios, todos los servicios de todos los seres habidos y por haber. Tales son las relaciones que median entre Dios y nosotros; tales los deberes que por título de creación, por ley de naturaleza nos ligan con Él. Decidme vosotros si cabe comparación entre estos deberes y los que pueda tener un hijo para con su padre, ó un criado para con su señor, ó un soldado para con su patria, ó un vasallo para con su rey. Decidme si estos deberes no exigen imperiosamente que nos hallemos siempre dispuestos á defender los intereses de Dios, á pelear contra los soberbios que pretenden robar á Dios el amor de los hombres. Decidme si no merece que se le llame traidor y fementido el cristiano que ligado con tales deberes oye blasfemar contra Dios ó vocear periódicos impíos, y se encoge de hombros, y nada hace por impedir la blasfemia y la propaganda impía.—Por título de redención no estamos menos obligados á luchar por Dios. ¿Por quién bajó Dios del cielo, y cargó con nuestras miserias, y se puso en una cruz, y vertió toda su sangre, y se hizo blanco de los desprecios y vituperios del pueblo judío? Por nosotros, hermanos míos, por defender nuestra causa ante su Padre, por ponernos en camino de salvación, *Christus dilexit me, et tradidit semetipsum pro me*. Pues si Dios se sacrifica por el hombre, ¿por qué el hombre no ha de sacrificarse por Dios? Si por el hombre abandona Jesús su casa, y se mete entre sus enemigos, y reprende á los fariseos, é increpa á los sacerdotes y se encara con reyes y presidentes, y oye imperturbable el *tole tole* de la muchedumbre, ¿por qué el hombre se ha de contentar con adorar á Jesús dentro de su casa, sin atreverse á afrontar por amor de su Salvador los dicterios de la chusma, las persecuciones de los poderosos, los ataques de los periódicos? Si Dios, en suma, defiende al hombre dejándose clavar en una cruz, ¿cómo el hombre pretenderá defender á Dios, sentado en una butaca? Hermanos míos, vergüenza debía causarnos el contraste que guarda nuestra conducta con la conducta de los malos. No han hecho por éstos sus señores tanto como Jesús por nosotros; y sin embargo, ved con qué entusiasmo secundan sus deseos y con qué puntualidad ejecutan sus mandatos. Trátase, por ejemplo, de celebrar un jubileo, pues á una orden de su jefe allí están los malos para impedir-

lo, y no como quiera, sino á garrotazos, á tiros de revólver si es preciso. Trátase de llevar á los tribunales á alguno de los corifeos de la impiedad; allí acuden solícitos todos sus partidarios, á silbar al juez si le condena, á aclamarle si le absuelve. Trátase de una sesión parlamentaria ó concejil en que los exaltados quieren promover alboroto; allí va toda la canalla, á corear á sus diputados ó concejales. Entre tanto ¿qué hacen los católicos? encarrarse en sus casas, balancear las cunas de sus hijos, cantarles tal vez canciones para que se duerman. Y luego, señores, os lamentáis de que en España y en Portugal y en Francia y en Italia y en Austria un puñado de liberales y de impíos se imponga á millones de católicos. Y luego os lamentáis de que en esas naciones los católicos estén alejados del poder. Dejaos de ridículas lamentaciones. A la mayoría de los católicos de nuestros días no les deis oficios y empleos públicos; dadles ruecas y copos de estopa, para que vayan á hilar como mujeres en sus casas bajo el látigo de los sectarios.

La tercera y última razón que quiero alegar para moveros á luchar por la causa de Dios consiste en las propiedades de esa misma causa. Y primeramente, la causa de Dios es la más noble que se puede defender. Es la causa del bien, de la verdad, de la justicia sustancial, de la cual toman su derecho todas las otras causas justas. Es la causa de aquel que se titula Rey de reyes y Señor de señores, de un Rey buenísimo, sapientísimo, poderosísimo, hermosísimo, ante quien nada valen los reyes más grandes del mundo. Es la causa que defendió San Miguel en el cielo, la que han defendido después en la tierra los mártires, los santos, los sabios más insignes de todos los siglos. Es la causa á cuyo triunfo consagró San Pablo su actividad y San Agustín y Santo Tomás su ingenio, y San Crisóstomo y Bossuet su elocuencia, y San Jerónimo y Santa Teresa su pluma, y San Luis y San Fernando sus espadas. Es la causa que más brillante historia tiene y más héroes ha producido y más batallas ha dado y más victorias ha obtenido. Y para decirlo todo de una vez, tanta es la nobleza de esta causa, que hace príncipes, reyes, dioses á todos los que mueren defendiéndola.—En segundo lugar, la causa de Dios es invencible. ¿Qué valen contra Dios el poder y la astucia del hombre? Tal vez la actual persecución contra la Iglesia; lejos de amainar, vaya en aumento; tal vez la apostasía de las naciones se prolongue hasta el fin de los siglos; tal vez los católicos no nos apoderemos nunca del gobierno de los pueblos. Aunque así fuese, aunque llegasen tiempos tan turbados que nos viésemos reclusos en unas se-

gundas catacumbas, todavía el triunfo final sería nuestro. *Las puertas del infierno no han de prevalecer contra la Iglesia*; Cristo lo ha dicho y cumplirá su palabra; la historia nos asegura de ello. ¿Dónde están los Neronés, los Decios, los Dioclecianos, los Constancios, los Julianos? ¿Dónde los Enríques é Isabeles de Inglaterra, los Federicos de Prusia, los Josés de Austria, los Napoleones de Francia, los Aranda, los Pombal? ¿Dónde Bismark, Crispi, Cavour, Gambetta, Zorrilla, Pi y Margall? Todos han muerto, y la Iglesia permanece en pie. Pues lo mismo morirán, permaneciendo en pie la Iglesia, los Waldeck-Rousseau, los Brisson, los Zanardelli, los Blasco Ibáñez y demás actuales perseguidores de aquella institución divina.—La causa de Dios es la causa del débil. Aunque omnipotente é invencible, Jesús se deja maltratar de sus enemigos á toda su voluntad. Lleno está el mundo de las injurias y blasfemias que contra Él se profieren, y no hay como perseguirle para subir y medrar. La guerra que se le hace es guerra sin cuartel. Se le arroja de los parlamentos, de las universidades, de las academias, de los teatros, del hogar doméstico; hasta de sus mismos templos se le quiere arrojar. Y si al menos sus amigos vinieran á defenderle... Mas no; los amigos de Jesús se entregan al sueño, mientras Jesús es prendido y crucificado. Así que hoy como el día de su pasión bien puede prorrumpir Jesús en esta amarguísima queja: *sustinui qui simul contristaretur et non fuit, et qui consolaretur et non inveni, esperé que alguien se condoliese de mí y nadie lo hizo, busqué quien me consolase y no le encontré. ¡Pobre Jesús mío!*, exclamaré con San Ligorio; no se le trataría peor si fuese el malhechor más grande del mundo.—Finalmente, la causa de Dios es la causa del pueblo vasco. Tan arraigada se halla la religión en las entrañas de nuestro pueblo, que bien puede decirse que ha venido á formar uno de sus principales caracteres. El pueblo vasco ama su religión más que la tierra donde vive, más que su libertad, más que sus fueros, más que su propia lengua. Y sería una insensatez, sería una locura pretender que ese pueblo conservara su peculiar fisonomía, apostatando de la religión de sus padres. Además, si el pueblo vasco subsiste todavía, lo debe, según al principio dije, á la singular protección con que le han favorecido siempre Dios, la Virgen y San Miguel. El que quiera, pues, que ese pueblo no perezca, que trabaje por mantenerlo fiel á Dios y exacto cumplidor de la ley cristiana. Así lo entienden los escritores y literatos que dirigen el regionalismo vasco, y por eso son todos católicos fervorosos. Lo digo en honra de ellos y en

honra también de Vasconia. Entre los directores del regionalismo catalán y lo mismo podría afirmar de otras regiones, los hay impíos, masones, ateos, enemigos, en suma, de Cristo. Lo contrario sucede entre los vascos; los vascos ponen la fe de Cristo por base de la restauración de su patria chica, y si por maravilla hay algún vasco que reniega de la fe de Cristo, no tarda, gracias á Dios, en renegar de su patria. Dígalo el profesor salamanquino que se atrevió á insultar al pueblo vasco en los últimos juegos florales de Bilbao.—Resulta, pues, que aunque no sea más que por el bien de nuestra raza, debemos luchar por Dios. ¿Cómo hemos de luchar? Veámoslo en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE

Resueltos á luchar por la causa de Dios, necesitamos un pendón, una bandera que simbolice dicha causa y nos conduzca á la victoria. ¿Cuál ha de ser esa bandera? La que enarbó San Miguel en el cielo, la que ostenta entre sus pliegues el nombre de Dios, la que lleva por lema: *Quis sicut Deus, ¿quién como Dios?* Ni hay otra que más derechamente se oponga á los intentos y pretensiones de los impíos. Los impíos de nuestros días, lo mismo que Lucifer al principio del mundo, quieren proclamarse dioses, quieren escalar las nubes y ser iguales á Dios, quieren arrojar á Dios del trono que ocupa en el seno de las naciones católicas para sentarse ellos en su lugar. No otra cosa significan la saña feroz con que combaten la *Revelación* y su ardoroso empeño porque prevalezcan los derechos del hombre sobre los de Dios. Es decir, que el grito de guerra en que se resumen los deseos y aspiraciones de los impíos del día, parece ser éste: *¿quién como el hombre?* Pues ¿qué cosa más natural que oponer á ese grito de rebelión este otro de sumisión y acatamiento: *quién como Dios?*

Pero hay, además de la oportunidad de semejante grito, otras muchas razones por las cuales debemos tomar por enseña el nombre de Dios. El nombre de Dios es el único que nos puede salvar. La Escritura lo dice: *nec enim aliud nomen est sub celo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri; no se ha dado otro nombre debajo del cielo en el cual podamos ser salvos, que el nombre de Jesucristo*. Vuestra propia conciencia lo confirma:

¿qué nombre invocáis en vuestras angustias y peligros, á la hora de la muerte sobre todo? ¿Los de los reyes ó jefes de partido cuyos intereses defendéis? No por cierto, sino el nombre de Jesús, el nombre de Dios; que son los nombres de las criaturas, lo mismo que las criaturas que los llevan, frágiles cañas, el apoyarse en las cuales para nada sirve más que para hacer más temible y peligrosa la caída, y más amargo y desconsolador el desengaño.—Ahora bien; si es hazaña exclusiva de Dios el salvar al hombre, aun individualmente considerado, con mayor razón lo será el salvar á pueblos y naciones. Porque, aparte de que pueblo significa muchedumbre, ¿quién no ve que las relaciones de unos hombres con otros que el concepto de sociedad implica, engendra nuevas dificultades para la salvación, dificultades que no se encuentran en el individuo aislado y solo? Esta es la causa porque yo me río de los entusiasmos de algunos católicos que lo fían todo de la rectitud y buenas intenciones de sus jefes, de la elocuencia de sus oradores, del talento de sus periodistas, de la organización de sus partidos, de las secretas alianzas con los jefes de otros bandos, tal vez de sus fusiles y cañones. ¡Vanas esperanzas! No es el hombre quien ha de salvar á nuestro pueblo, sino Dios. Los hombres podrán abrigar óptimas intenciones, podrán idear hermosos proyectos de gobierno, podrán exponer aquellas intenciones y estos proyectos en elocuentes discursos y aprestar todo linaje de armas para su realización y defensa; todo esto podrán hacer los hombres; pero el ganar la voluntad del pueblo, el enardecer al pueblo en el amor del bien y de la verdad, el levantarle contra los enemigos de Cristo á pedir, con las armas en la mano si es preciso, la restauración íntegra de los derechos de Cristo en el gobierno de las naciones, esto sólo lo hace Dios, aquel Dios que con la facilidad con que yo levanto el brazo puede convertir á todos los reyes y pueblos del mundo, y trocarlos en un punto, de perseguidores en defensores entusiastas de la Religión católica. Ya, pues, que el nombre de Dios es el único que nos puede salvar, brille por cima de todo otro nombre entre los pliegues de nuestra bandera.

Ventaja es también exclusiva del nombre de Dios para los defensores de su causa, el no tener que variarlo nunca. Los católicos que primero se llamaron cristinos, se llamaron después isabelinos y últimamente alfonsinos; los que hoy os apellidáis carlistas, mañana seréis jaimistas, y á los que ahora os apodan con el epíteto de nocedalinos, no sé cómo os apodarán el día que elijáis otro jefe. Esta variación de nombres es natu-

ral resultado de la inestabilidad é inconsistencia de la vida humana. La muerte, hermanos míos, no perdona á nadie; esos reyes y jefes de partido cuyos nombres traéis de continuo en la boca y cuya causa defendéis con tanto ardor, morirán un día lo mismo que vosotros; al morir perderán para siempre su realeza ó jefatura; si se condenan, pasarán á ser las criaturas más viles del mundo; y aunque se salven, si los superáis en mérito delante de Dios, convertiránse en vasallos vuestros. ¡Triste fin el de la gloria humana!—Nada de esto acaece en Dios. *Perecerán los cielos*, dice hablando con Dios el profeta, *y se envejecerán como se envejece el vestido que traemos sobre el cuerpo; mas Tú permanecerás siempre el mismo y tus años no se acabarán jamás.*—*Jesús Christus heri et hodie*, escribe San Pablo, *ipse et in sæcula; Jesucristo era ayer y es hoy y será por los siglos de los siglos.*—*Muere, verdugo de la libertad*, dijo Rayo á García Moreno, al descargar sobre él el último golpe de su cuchillo. *Dios no muere*, respondió el heroico defensor de la fe. ¡Dios no muere! ¡Oh qué pensamiento tan consolador y tan hermoso para los que le amamos! Movido por ese pensamiento abandonó la corte de Carlos V y se hizo jesuita San Francisco de Borja. Como viese convertido en gusanos y manando podre el cadáver de la emperatriz Isabel, *no quiero servir ya más*, dijo, *á señor que se me pueda morir*; y cumplió, en efecto, su propósito. Pues esa estabilidad y fijeza, esa eternidad propia de Dios se extiende también á su nombre adorable. El que ahora pronuncio yo, es el mismo que pronunció San Miguel en el cielo, el mismo que adoró Adán en el paraíso, el mismo que invocó Jesucristo sobre la cruz, el mismo que alabarán eternamente los santos en la gloria. Que sea también eternamente símbolo y bandera de los que luchamos por la causa de Dios.

El nombre de Dios es el único capaz de infundirnos valor y aliento en nuestros combates contra la impiedad. Los malvados tienen un gran aliciente para perseguir á la religión; es el interés, el lucro que por ello reportan, que, según antes he dicho, no hay como guerrear contra Cristo para subir y medrar. En cambio, los católicos, los servidores de Dios que consagramos nuestros esfuerzos á la defensa de la fe ¿qué es lo que ganamos con salir á la palestra y reñir con los impíos? A la vista está: disgustos, afrentas, calumnias, enemistades, pérdida, en suma, de la paz, de la honra y el dinero. Y ¡cosa increíble! los que más daño hacen á los católicos que luchan por Dios, los que con mayor saña y encarnizamiento los persiguen son los mismos católicos, que cegados por yo no sé qué ideas ó pasio-

nes funestas, creen ver enemigos en quienes no lo son, y se complacen, á modo de tigres, en beber la sangre de sus hermanos. Recordad, por ejemplo, las últimas elecciones de diputados á cortes. Y no me llaméis imprudente por que suscité este recuerdo; el que sí merece llamarse imprudente y cobarde y miserable es quien no se atreve á mirar el mal de frente. Además, no olvidéis que estoy hablando con vascos, y que á los vascos se les puede decir toda la verdad, sin temor de que se ofendan. ¿No es así, hermanos míos? Recordad, digo, las últimas elecciones de diputados á cortes. Aquello fué el desencañamiento general de todos los odios y pasiones políticas. Con la saña con que luchasteis entonces unos contra otros, los católicos navarros, no lucharon en ningún distrito de España ni fusionistas con conservadores, ni monárquicos con republicanos, ni católicos con liberales, ni catalanistas con libertarios; allí fué el apurar todos los dieterios y todas las frases mortificantes del diccionario; allí el apellidaros farsantes, hipócritas, excomulgados, masones, malvados con malicia infinita; allí el jurar que antes que uniros unos con otros os uniríais con el mismo demonio; allí el mezclar en la lucha á vuestras hijas y mujeres, inventando en su deshonra canciones denigrantes que pugnan con la caballerosidad é hidalguía del pueblo vasco. En fin, que á no haber salido tan mal paradas de la refriega la caridad y la religión, hubiera sido materia de risa ver con qué gusto repartíais unos contra otros tajos y mandobles, dejando entretanto libre y tranquilo al enemigo. He ahí, pues, lo que consiguen, aun de sus propios hermanos, los católicos que defienden los intereses de la Iglesia. ¿Dónde hallar consuelos y alientos que compensen tan grandes amarguras? En el nombre santo de Dios, invocando ese nombre bendito, leyéndolo á menudo en nuestra bandera, diciéndonos en nuestras horas de desaliento: lúcho por el nombre de Dios, y con tal que el nombre de Dios salga triunfante, nada debe importarme que el mío sea infamado y arrastrado por los suelos.

Finalmente, el nombre de Dios es el único que nos puede unir. ¡Unión! Ved ahí la palabra de escándalo que cada vez que se pronuncia engendra nuevas divisiones entre los católicos ó ahonda las que ya existían. ¿Dejaremos por eso de pronunciarla? De ninguna manera. También el nombre de Jesús ha sido piedra de escándalo y ocasión de ruina para muchos hombres, y, ello no obstante, lo predicó Jesús y mandó á sus apóstoles que lo predicaran por todo el mundo. Otro tanto ha de hacerse con la unión de los católicos. A pesar de las discor-

dias y contiendas que suscita, hay que predicarla un día y otro día, á ver si al cabo se abre paso y triunfa de las resistencias que se le oponen. Digo, pues, que es preciso que se unan los católicos. Lo manda el Papa, lo mandan los obispos, lo exigen la caridad y la religión, lo reclama la experiencia que tenemos de que, desunidos, no conseguimos nada. ¿Quién se resiste á tan poderosas razones?—Pero no está ahí la dificultad; en la necesidad de la unión estamos todos conformes; la dificultad está, según algunos, en buscar la manera de unirnos. Pues bien; yo afirmo que con el nombre de Dios unido al nombre del pueblo vasco desaparece tal dificultad. Escuchadme, que voy á hablar muy claro: cuatro son las banderas que enarbolais los católicos navarros; la de los alfonsinos dice: DIOS, FUEROS, DON ALFONSO; la de los carlistas dice: DIOS, FUEROS, D. CARLOS; la de los integristas dice: DIOS, FUEROS, INDIFFERENCIA DE FORMAS DE GOBIERNO; la de los republicanos, si alguno hav católico y fuerista, dice: DIOS, FUEROS, REPÚBLICA. ¿Bajo cual de esas banderas se han de unir y agrupar los católicos vascos? Bajo ninguna. Y ¿por qué bajo ninguna? Porque el Papa y los obispos que nos mandan á los católicos que nos unamos, no nos han mandado nunca que nos hagamos alfonsinos, ni carlistas, ni integristas, ni republicanos; antes bien, han declarado muchas veces que cada cual es libre de defender el ideal político que más le acomode, siempre que no esté en pugna con las enseñanzas de la religión. No, no es ninguna de esas la bandera de unión católica vasca; la bandera de unión católica vasca debe ser más grande y amplia que las cuatro dichas; debe ser tal, que á su sombra puedan ondear fácil y holgadamente aquellas otras cuatro banderas. ¿Cuál es esa bandera hermosa, bendita, adorable que ha de unirnos á todos los vascos, servidores de Jesús? La que tremoló San Miguel en el cielo, adaptada á nuestra tierra, la que tiene por lema: DIOS Y FUEROS. He ahí la fórmula de unión, la manera de unirnos los católicos vascos: todos los que defendemos la causa de Dios y los fueros de Vasconia somos amigos, somos hermanos, somos miembros del gran partido católico-vasco que acaudilla Cristo, y debemos apoyarnos mutuamente en las elecciones, en cualquier empresa política ó social, encaminada al bien de la religión y de la patria.—Pero, Padre, objetará tal vez alguno de vosotros, ¿no habéis dicho que todos los católicos vascos llevamos en nuestra bandera el lema de DIOS Y FUEROS, ó lo que es lo mismo, que todos los católicos vascos estamos acordes en defender á Dios y á Vasconia? ¿A qué, pues, exigis una unión y concordia que ya

existe?—La unión, hermanos míos, existe en teoría, en el programa; en la práctica no; porque para uniros vosotros conmigo, en la práctica no os contentáis con saber que soy católico y fuerista; me pedís, además, que me aliste en vuestros partidos; y si mañana ocurren nuevas elecciones de diputados á cortes y yo, republicano por ejemplo en política, pero católico á machamartillo y defensor entusiasta de los fueros vascos, me presento como candidato á solicitar vuestros sufragios, no me otorgaréis ni uno, los alfonsinos porque no soy alfonsino, los carlistas porque no soy carlista, los integristas porque no soy integrista. Ved si tengo razón al afirmar que la unión de los católicos vascos sólo existe en teoría, en el programa. ¿Cómo haremos esa unión práctica, real, fecunda en bienes para la religión y la patria vasca? Ya os lo he dicho: agrupándonos en torno de la bandera de San Miguel, reconociendo por amigos y aliados á todos los que la siguen, anteponiendo el triunfo de esa bandera al de todas las banderas de partido.

¡Gloriosísimo Arcángel San Miguel, que desde la cumbre de Aralar velas, cual fiel custodio, por la conservación y prosperidad del pueblo vasco! Mira cómo el demonio ha dividido y encizañado á tus hijos predilectos; mira cómo en vez de batallar contra los enemigos de nuestra religión y nuestra raza, estamos destrozándonos mutuamente; mira, en fin, cómo gracias á nuestras divisiones y discordias, la impiedad y el liberalismo comienzan á apoderarse de la noble Vasconia. Tú que tanto nos quieres, pon remedio á tan grave mal; queden ahí sepultados, bajo esa cruz que sobre tu cabeza ostentas, nuestros odios y rencores; únenos á todos los vascos en el amor de Jesús, y así, unidos y compactos, guíanos á luchar bajo tus órdenes por Dios y por la patria. Y si á pesar de lo que Dios y Vasconia piden, todavía hay alguien entre nosotros que embarace la unión ó que de todo en todo la repugne, no lo dejes, Ángel mío, salir con su intento; desbarata sus planes, ata sus manos, ahoga su voz; y si esto no basta, blande contra él tu espada y sepúltale en los abismos. Son tus hijos quienes te lo ruegan; tus hijos que te aman de corazón y que esperan verte algún día en el Cielo. Así SEA.

A. M. D. G.

